

Pensamiento y acción antillanista de Luperón*

Santiago Castro Ventura**

Hoy, al cumplirse el 166º aniversario de la fecha natalicia de Gregorio Luperón, trataré de discurrir sobre una de sus facetas más emocionantes: su vocación antillanista.

Pese a los valladares geográficos de la insularidad, las Antillas constituyeron instancias geopolíticas trascendentales en el período de la independencia de América, desde la solidaridad haitiana con Miranda y Bolívar, hasta la desbandada del colonialismo español que buscó refugio estratégico en Cuba y Puerto Rico; últimos reductos de su dominio en el continente y por ende enclaves para los pretendidos operativos de recuperar sus otroras colonias de Tierra Firme.

Admitida a regañadientes la pérdida de su omnipotencia en América, la monarquía española se aferró al control de sus posesiones antillanas, ahora temiendo perderlas ante conatos independentistas o engullidas por la incipiente potencia neo-colonial estadounidense, que ya había esbozado sus propósitos absorbentes a través de la Doctrina Monroe.

Aprovechando la coyuntura de la Guerra de Secesión en los Estados Unidos, España decidió aceptar la propuesta anexionista

- * Conferencia pronunciada en el salón de actos de la Academia Dominicana de la Historia la noche del 8 de septiembre de 2005.
- ** Profesor universitario y miembro correspondiente nacional de la Academia Dominicana de la Historia.



de Pedro Santana en 1861, y extendió su dominio colonial sobre República Dominicana para garantizar su hegemonía en Cuba y Puerto Rico.

No pensaron los jefes coloniales hispanos que esta acción produciría todo lo contrario a lo proyectado. Muy pronto estalló la insurrección en Dominicana, que involucró a las Antillas españolas y Haití. Se quemaron de nuevo cartuchos en territorio español en América. Fue la apertura ejemplarizadora para la rebelión antillana. En esta guerra asistieron a su bautismo de fuego dos de los tres más importantes generales coloniales en la futura guerra de Cuba, el conde de Valmaceda y Valeriano Weyler. Pero también fue la fragua que inspiró a los principales antillanistas coetáneos como Luperón, Betances, Céspedes, Marcano, Gómez, Hostos, Maceo y demás patriotas del área.¹

En Puerto Rico, donde el control colonial era más rígido, se consideró prudente trasladar un batallón de milicias constituido por puertorriqueños a combatir a los insurgentes dominicanos, esto provocó gran encono en la ciudadanía, hasta el extremo que circuló un manifiesto furtivo que clamaba por la rebelión. En tono enérgico se indagaba:

*“Compañeros: ¿Hasta cuándo permitiremos que los déspotas de España se sigan aprovechando de nuestra inacción? Un regimiento de Voluntarios de Puerto Rico ha sido llevado a la fuerza a asesinar a sus hermanos de Santo Domingo; varias han sido nuestras muestras de desafectos: varios de los nuestros se hallan dispersos por los montes y algunos se han ahorcados, antes que consentir en ir a matar y a robar a nuestros hermanos”.*¹

1. Emilio Rodríguez Demorizi. *Diarios de la Guerra Dominico-española de 1863-1865*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1963. pp. 133, 193, 209-210, 294-299, 302, 594, 606, 624.



En otro apartado se dictaminaba:

*“Y si nos llevan a la fuerza como ha sucedido con los otros, pasémonos al lado de nuestros hermanos de Santo Domingo, que nos recibirán con los brazos abiertos y nos colmarán de bendiciones, como lo han hecho con todos los voluntarios puertorriqueños que han tenido ocasión de abandonar el Ejército español...”*²

Desde Cuba las autoridades coloniales actuaban con más cautela, hasta el extremo que llegaron a lanzar cadáveres y heridos de su ejército expedicionario en alta mar, para que los cubanos no observaran las numerosas bajas que estaban recibiendo en la manigua dominicana.³ No obstante, esta verdad de perogrullo no podían ocultarla y trascendía, orientando a los cubanos en torno a la posibilidad de triunfar en una insurrección.

En New York, Alejandro Angulo Guridi, publicaba un opúsculo sobre Santo Domingo y España, exhortando a los cubanos a la insurrección, remedando las jornadas del Cibao, que habían evidenciado que los españoles:

*“(...) en sacándolos en el trópico de la sombra de los cuarteles tienen que morir del calor y del cansancio. ¡Cubanos! ¡Cubanos! ¿Qué hacéis? ¿Qué pensáis?”*⁴

2. Antonio S. Pedreira. *Insularismo*. Río Piedras, Puerto Rico, Editorial Edil, Inc., 1985, p. 126.
3. Emilio Rodríguez Demorizi. *Actos y Doctrinas del Gobierno de la Restauración*. Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia, 1963, pp. 137-138.
4. Emilio Rodríguez Demorizi. *Antecedentes de la Anexión a España*. Ciudad Trujillo, Academia Dominicana de la Historia, 1955, p. 369.



El historiador cubano Ramiro Guerra Sánchez, indicó que la famosa Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico, fundada en 1865 en New York, se inspiró en la retirada de las tropas españolas de Santo Domingo.⁵

Los imperecederos movimientos patrióticos de Lares en Puerto Rico y Yara en Cuba, que estallaron tres años después de finalizada la Guerra Restauradora, tenían en esta epopeya el sendero a trillar.

La jornada anticolonialista se constituyó en el cenit, sus protagonistas actuaron en consonancia con la gran responsabilidad histórica que les correspondía. Luperón, de sus principales adalides, pasó a ocupar la supremacía de su significado político a finales de 1965, fue el único general que se opuso militarmente al regreso al poder del anexionista confeso Buenaventura Báez. Patriotas como Polanco, Cabral y Pimentel cometieron un grave yerro transitorio y desde esos momentos la jerarquía política de Luperón se impuso.

Emilio Cordero Michel en su sesudo ensayo *El antillanismo de Luperón*, nos dice que su nacionalismo intransigente y sus estrechos contactos con personalidades como Espaillat, Bonó, Polanco, Rodríguez Objio, Grullón y Mella, fueron los factores inspiradores de su “*antillanismo primario*”; concepto que define como pensamiento al que faltaban los pulimentos teóricos y la estructuración ideológica que luego aportaron Betances, Hostos, Martí, Gómez y el propio Luperón.⁶

También fue significativo (aunque se pretenda ocultarlo) en este aspecto el amparo solidario singular que recibieron los insurrectos dominicanos del pueblo haitiano y su presidente Fabré Nicholas Geffrard.

5. Ramiro Guerra Sánchez. *Manual de Historia de Cuba*. La Habana, Editorial Pueblo y Educación, 1985, p. 611.
6. Emilio Cordero Michel. El antillanismo de Luperón. *Ecos* No. I. Santo Domingo, UASD, 1993, pp. 52-53.

En la vocación antillanista de Luperón concurrían factores de interés común y básico: combatir las potencias coloniales que como España tenían activa presencia en la región y a los Estados Unidos que pretendían reemplazar esta hegemonía; además su temprano y vital vínculo con el insigne Ramón Emeterio Betances.

Ambos revolucionarios con identidad de ideales desde que se conocieron desarrollaron una unidad indisoluble. El historiador Rufino Martínez, atribuyó a Luperón la concepción de la bandera que izaron los patriotas puertorriqueños en la insurrección de Lares en septiembre de 1868. Aunque historiadores como Lidio Cruz Monclava atribuyen a Betances (el líder de la insurrección) el diseño de la bandera utilizada en Lares.⁷ No debemos descartar que se derivó de una sugerencia de Luperón a Betances; inclusive su confección es muy similar a la dominicana: una cruz blanca, con cuatro cuadriláteros de color azul los superiores y rojo los inferiores, con una estrella blanca en el centro del cuadrilátero superior izquierdo. Es indudable la unidad de acción de ambos patriotas.

Manuel Rodríguez Objio, sitúa el inicio de esta solidaridad en mayo de 1868, acotando sobre el particular:

*“Luperón, héroe de la Independencia dominicana, no podía ser indiferente a la esclavitud de sus hermanos de Borinquen, y su amistad con el Doctor Betances era natural y legítima”.*⁸

Sostenía que un mismo pabellón debía cobijarlos.

7. Rufino Martínez. Prólogo a *Notas Autobiográficas y Apuntes Históricos de Gregorio Luperón*, Santiago, Editorial *El Diario*, 1939. T. I, p. 1.; Lidio Cruz Monclava. *Historia de Puerto Rico*, San Juan, Editorial Universitaria, 1958, T. I, p. 591.
8. Manuel Rodríguez Objio. *Gregorio Luperón e Historia de la Restauración*. Santiago, República Dominicana, Editorial *El Diario*, 1939, T. II, p. 134.



Luperón seguía muy de cerca los acontecimientos de Lares, como lo confirmó José Francisco Basora (coordinador de la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico, con sede en New York) quien acusó recibo de una misiva de éste fechada apenas una semana después del estallido de Lares, Basora le respondió:

*“Tuve la satisfacción de recibir hace días su grata del 1º, en que me felicita Ud. por la insurrección de Puerto Rico. La independencia de mi Patria ha recibido su bautismo de sangre, y ya es seguro que se realizará, contando como contamos con la cooperación de Ud. y sus dignos compañeros. El triunfo es tan seguro como lo fue el de la Restauración de la República Dominicana, después de dar Uds. el primer pasó en el heroico Capotillo. Gracias, General, por su felicitación y por sus buenos deseos”.*⁹

El héroe no sólo estaba atento a las trapisondas de Báez, sino a todo el curso geopolítico de la región. Evidenciaba que el trajinar anticolonialista en las Antillas, no podía desarrollarse de manera aislada.

El 1868 fue crucial para las Antillas, en Cuba y Puerto Rico creció la efervescencia política en sus mayores niveles, era un secreto a voces que el gatillo sería apretado. En Dominicana el olor a pólvora estaba regado por doquier, se iniciaba el período de los “seis años de Báez” y éste se aprestaba a anexar el país a Estados Unidos. Salnave en Haití, unido a Báez en su política entreguista, le seguía los pasos.

Luperón y Cabral (probados en la manigua) fueron los hombres de acción. Cabral cargaba sobre sus hombros las suspicacias por

9. *Ibidem*, p. 199.

torpes manejos presidenciales, pero logró aliarse con el poderoso e influyente haitiano Nissage Saget y conformó un frente rebelde en el Sur.

Saint-Thomas, base de operaciones de Luperón y Betances, fue la zona escogida para la formación de un comité de apoyo antillano, constituido por los hermanos Tampier, Miguel Ventura, Juan Ramón Fiallo, Casimiro de Moya y Jacobo Pereyra.

Luperón en agosto emitió una de sus primeras protestas públicas contra las transacciones fementidas con los Estados Unidos, afirmó que constituían:

“...un peligro para la independencia de la República Dominicana, al mismo tiempo que lo será también para la República de Haití; sobre todo, cuando estos dos Estados, que ocupan el territorio de la Isla de Santo Domingo, están llamados a garantizarse mutuamente en las eventualidades de su política internacional respectiva”.¹⁰

Esta afirmación de geopolítica insular de Luperón denota que la categoría del problema no era exclusivamente nacional, sino regional.

Mientras organizaba la resistencia contra el anexionismo baecista, a bordo del vapor *Carabela* llegó a los puertos de La Habana y Santiago de Cuba, descartando visitar ambas ciudades, sentenció en esa oportunidad: *“(...) que no amaba pisar un suelo esclavo”*.¹¹

Manuel Rodríguez Objio subrayó que expresó semejantes conceptos en Puerto Rico, dejando claro que no le interesaba el

10. *Ibidem*, p. 161.

11. *Ibidem*, p. 139.



respaldo coyuntural de España en su lucha nacional contra la anexión a los Estados Unidos, porque su concepción antillanista lo situaba con similar grado de beligerancia contra el dominio colonial español en Cuba y Puerto Rico.

Betances uno de sus principales maestros en la escuela del dolor de la forjación del ideal antillanista, lo exhortaba en aquellos instantes incitándole a la acción: “*Me parece importante que Ud. aparezca ya en la escena de la guerra activa*”. Y con las siguientes palabras enfatizó la estrategia a seguir: “*(...) estamos jugando no ya la causa de Santo Domingo, sino la de las Antillas*”.¹²

Luperón procedió a la aventura patriótica del vapor *Telégrafo* transformado en vapor *Restauración*, que puso en vilo a la tiranía anexionista de Báez quien alarmada ante la audacia de estas escaramuzas marítimas, recurrió al auxilio de buques de guerra norteamericanos.

En este proyecto se produjo no sólo la colaboración básica de los patriotas puertorriqueños, sino de los cubanos encargados en New York del apoyo logístico a la guerra del Yara, como lo expresó Betances a Luperón, cuando le informó:

“*Tengo el gusto de anunciarle que el cañón y balas que le vinieron de Nueva York, le fueron mandados por la Junta Cubana*”.¹³

Los revolucionarios antillanos habían aprendido que encaraban la hegemonía colonialista en la región, y que sólo con esfuerzos

12. Haroldo Dilla y Emilio Godínez. *Ramón Emeterio Betances*. La Habana, Casa de las Américas, 1983, p. 86.

13. *Ibidem*, p. 88.



mancomunados podrían salir victoriosos de tan poderosos enemigos.

El operativo del vapor *Restauración*, terminó de modo embarazoso, el héroe enfrentó con valor múltiples vicisitudes derivadas de la atrevida jornada, incluyendo una litis judicial.¹⁴

Estaba abrumado pero siempre atento al delicado sesgo de la guerra de Cuba. En marzo de 1870 le escribió a Betances desde Cabo Haitiano, asentando:

“He tenido una larga entrevista con el Cónsul General de Inglaterra, y creo haber dado un gran paso a favor de la Revolución Cubana. La política inglesa, al mismo tiempo que por egoísmo es hostil a toda anexión, favorece a todas las emancipaciones”.¹⁵

No ofreció mayores indicios sobre sus conversaciones.

A la sazón, los Estados Unidos se negaban a reconocer la beligerancia de Cuba para no justificar el respaldo de Inglaterra a los Estados del Sur durante la guerra de secesión; la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico, cabildeaba este reconocimiento. Luperón de modo claro acentuaba que los ingleses favorecían todas las emancipaciones, con esto recordaba que para impulsar su desarrollo capitalista Inglaterra desde el Congreso de Viena de 1815 se había erigido en abanderada de la condena del tráfico negrero.

Con mucha lógica Cordero Michel estima que el móvil de la entrevista era solicitar la censura inglesa a las atrocidades conocidas

14. Manuel Rodríguez Objio. Ob. cit., pp. 288-289.

15. *Ibidem*, p. 340.



como la “creciente Valmaseda”, operativo de tierra arrasada ordenado por el general conde de Valmaseda en los territorios cubanos insurgentes.¹⁶

En este lapso a través de Miguel Aldama, agente general de la República de Cuba, envió una hermosa comunicación al Presidente de Cuba Libre, Carlos Manuel de Céspedes, acotando que entre ellos existía una coalición sagrada:

“(...) que nos hace simpatizar y amarnos mutuamente en nombre de nuestra propia religión política”.

Advertía que desde Capotillo estaba insurreccionado contra todos los tiranos, puntualizando:

*“Mi objeto ha sido siempre el mismo; coadyuvar a su expulsión del suelo americano y prestar mi franco concurso a la libertad de Cuba y Puerto Rico, para satisfacer así mi ferviente anhelo de ver esas preciosas islas constituidas en cuerpo de nación, gobernándose por si mismas”.*¹⁷

Sus dificultades se acrecentaban tras un yerro táctico en el caso del ex presidente haitiano Sylvain Salnave; capturado por las tropas insurgentes de Cabral fue entregado al gobierno de Nissage Saget, quien procedió a fusilarlo. Salnave era un decidido aliado de Báez. Luperón emitió consideraciones críticas sobre el particular, que provocaron que la ayuda solidaria del gobierno haitiano le fuese suspendida.¹⁸

16. Emilio Cordero Michel. Ob. Cit., p. 57.

17. Salvador Morales. “Vida e Ideas de un Paladín de las Antillas”. *Anales del Caribe*, No. 2. La Habana, Casa de las Américas, 1982, pp. 281-282.

18. Manuel Rodríguez Objio. Ob. Cit., pp. 332-333, 352-353.

Betances intervino como mediador entre Luperón y Saget. En marzo Luperón inquiría de Betances:

*“¿Por qué usted no me escribe? ¿Qué piensa el Gobierno y los hombres influyentes de esa capital de nuestra revolución? ¿Cómo le han recibido los vencedores del tirano Salnave? ¿Cree usted que ellos comprenden la amenaza que pesa sobre estas tres Antillas? ¿Cree usted que podremos contar con un apoyo para rechazar tanto el yugo español como el americano? ¿Se aprestan o no a combatir las infames combinaciones de nuestros tiranos?”*¹⁹

En mayo le recordaba a Betances, que su protesta fue mal juzgada, pero que no se retractaría jamás. Analizando la guerra de Cuba, deploraba el fusilamiento del general revolucionario Domingo Goicurìa (vinculado a Betances) capturado en la manigua, pero trasladado a La Habana para su fusilamiento con el propósito de escarmentar a los potenciales rebeldes. Comentaba:

“No obstante, la causa sudamericana progresa, y Puerto Rico como Cuba serán libres. El día que esté Ud. listo no descuide prevenirme, la palabra que le he dado es para mi sagrada”.²⁰

Se trataba de un pacto de honor suscrito entre ambos revolucionarios tendentes a organizar la lucha armada en Puerto Rico.

Finalmente atenuadas las asperezas con los haitianos, Luperón pudo conformar un frente en el Norte del país, penetrando a través de territorio haitiano y este movimiento logró provocar un estado

19. *Ibidem*, p. 335.

20. *Ibidem*, pp. 348-350.



de insurrección general contra el gobierno anexionista de Buenaventura Báez, que abandona el poder a finales de 1873.

Lamentablemente el oportunismo representado por Ignacio María González asaltó el poder político, se instaló un régimen timorato ante los cruciales momentos que se vivían en las Antillas con la Guerra de los Diez Años en Cuba y el inminente estallido insurgente en Puerto Rico.²¹

El desplome de Báez colocó en estado de alerta a las autoridades coloniales de las islas vecinas, José Alejandro Sanz, gobernador de Puerto Rico, el 3 de febrero de 1874 telegrafió a la metrópoli, en los siguientes términos:

*“Noticias brigadier Marina aseguran reunión dominicanos Puerto Rico separatistas fraguando expediciones en San Thomas. Falta marina aquí. Necesarios cuatro cañoneros para vigilar costas. Todo caso respondo tranquilidad Sanz”.*²²

Los españoles estaban prevenidos que tras el derrocamiento de Báez se intentaría la rebelión de Puerto Rico, pues Salnave en 1869 apresó una goleta que contenía documentos secretos de los antillanistas, y síntesis de ellos fueron publicados por el *Moniteur Officiel*, de Puerto Príncipe, una de las informaciones establecía:

“El Dr. Betances de acuerdo con Luperón, ha aplazado la revolución de aquella isla (de Puerto Rico) hasta el triunfo de la revolución dominicana (la de Cabral), pues los

21. Santiago Castro Ventura. *Andanzas patrióticas de Luperón*. Santo Domingo, Editora Manatí, 2002, pp. 153-194.
22. Labor Gómez Acevedo. *Sanz Promotor de la Conciencia Separatista en Puerto Rico*, 2da. ed. San Juan de Puerto Rico, Editorial Universitaria, 1974, p. 255.



*puertorriqueños necesitan de la ayuda y de la protección de los dominicanos para ser independientes”.*²³

Hostos explicaba a Francisco Vicente Aguilera (Vice-presidente de Cuba Libre) el proyecto:

*“El plan es éste: llevar desde un punto de la costa dominicana una expedición suficiente para empezar, y nada más, a un punto convenido de la costa de Puerto Rico; hacer eso en el tiempo más breve y en el más absoluto sigilo; y aprovechar la ocasión que nos ofrece el Gobierno español al retirar, como está retirando de Puerto Rico, una parte de la fuerza armada”.*²⁴

Betances y Luperón, se trasladaron en 1875 a Puerto Plata para planificar la insurrección en Puerto Rico. Eugenio María de Hostos, también concurrió a esta cita patriótica y allí conoció a Luperón.

El 5 de julio el gobernador Sanz, informaba a la metrópoli que se preparaba una invasión desde Puerto Plata. Se redobla la vigilancia.²⁵

Se había determinado que uno de los factores vitales del fracaso militar de Lares fue la ausencia de un mando experimentado. Este poderoso vacío se trataba de subsanar. Se tenían contactos con el general cubano Manuel Quesada, con experiencia en la guerra de

23. Emilio Rodríguez Demorizi. “La Restauración: Sus Ecos en Puerto Rico y Cuba.” *La Nación*, Ciudad Trujillo, 16 de agosto de 1940.

24. Eugenio María de Hostos. *Obras Completas (Edición Crítica)*, Vol. III, Río Piedras, Puerto Rico, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 2000, pp. 241-242.

25. Labor Gómez Acevedo. Ob. cit., p. 278.



México que libró Juárez contra los franceses, además fue brevemente general en jefe del ejército insurgente cubano y obviamente se contaba con el aguerrido Gregorio Luperón, de vasta experiencia guerrera.

En este período, el ilustre puertorriqueño Juan Rius Rivera quien era un joven combatiente que dirigía el regimiento de Caballería Céspedes en el Oriente cubano, todavía no había alcanzado la prestigiosa jerarquía militar que logró en los campos de batalla de Cuba.²⁶

En Puerto Plata el foco insurgente decidió iniciar las actividades, el gran obstáculo era romper la modorra que afectaba a los puertorriqueños. Desde abril se editaba el periódico *Las Dos Antillas*, que era introducido subrepticamente en Puerto Rico, provocando la ira del odioso gobernador colonial José Laureano Sanz, quien se quejó ante el gobierno dominicano.²⁷

El *Boletín Mercantil*, vocero colonial editado en San Juan, en julio delataba los aprestos patrióticos de Puerto Plata:

“También ha llegado a nuestra noticia que el general dominicano Luperón trata de traer la expedición “filibustera” a Puerto Rico, según ha convenido con Hostos y Betances. Hace tiempo que corren rumores en este sentido y confiamos en que el excelentísimo señor capitán general, que estará mejor enterado que nosotros de este asunto y de los viajes y entrevistas que hacen y tienen algunos conocidos viajeros en Puerto Plata,

26. Cesáreo Rosa-Nieves y Esther M. Melón. *Biografías puertorriqueñas. Perfil histórico de un pueblo*. Connecticut, Troutman Press, 1970, p. 367.

27. Santiago Castro Ventura. Ob. cit., pp. 164-166.



*sabr  recibir a los "virginus" que tengan la audacia de visitarnos".*²⁸

El 11 de julio se envió desde Puerto Plata a Luis Venegas para que contactara a los integrantes del frente interno en Puerto Rico, se trasladó en el vapor *Eide* que ancló en Aguadilla, pero el contraespionaje colonial lo detectó y presion  para apresarlo; Venegas, logró algunos contactos en Mayagüez, pero finalmente fue arrestado.

Además del infausto apresamiento de Venegas, los informes que llegaron a Puerto Plata fueron desalentadores, se concluyó que no existían las condiciones internas para la sublevación. Mientras, el represivo general Sanz ordenó una estrecha vigilancia marítima para abortar cualquier intento de invasión.²⁹

Hostos denunciaba el 5 de agosto, (en el periódico *La Independencia* publicado en New York) que:

*"A consecuencia de que en Puerto Rico se ha corrido la bola de que en Puerto Plata se prepara una expedición con Luperón y Betances a la cabeza para hacer un desembarco en esa isla, esas gentes est n sobre el quien vive, y como es de esperar, toman medidas perfectamente españolas con los vapores y pasajeros que proceden de Santo Domingo".*³⁰

Rechazaba las acusaciones contra Venegas; se limitó a explicar que existía una "bola" en torno a la preparación de una invasión, acontecimiento que no confirmó, ni rechazó.

28. Carlos N. Carreras. *Betances el antillano proscrito*. San Juan de Puerto Rico, Editorial Club de la Prensa, 1961, p. 152.

29. Loida Figueroa. *Breve historia de Puerto Rico*, Vol. I. Río Piedras, Puerto Rico, Editorial, Edil, Inc., 1979, p. 356.

30. Eugenio María de Hostos. Ob. cit., pp. 247-249.



Entretanto en Dominicana este tema estaba al rojo vivo, los españoles que negociaban un tratado de Paz, Amistad, Navegación, Comercio y Extradición, presionaban al presidente González para que dispersara la congregación antillanista de Puerto Plata. La prensa dominicana reprobó las amenazas del gobernador de Puerto Rico y descartó que Luperón propiciara una invasión a esa isla. El héroe nunca desmintió la mentada incursión patriótica.³¹

El presidente González emplazó a la Cámara Legislativa para que creara un instrumento punitivo para impedir cuestionamientos al gobierno de España, a manera de ultimátum le solicitaba a los legisladores:

“En sus manos está precipitar nuestras relaciones internacionales con España, o traerlas a un estado normal de confianza reciproca”.³²

El Congreso cedió a las pretensiones presidenciales y de inmediato (en julio) fue clausurado el periódico *Las Dos Antillas*; sin amilanarse los exiliados antillanos publicaron un nuevo periódico *Las Tres Antillas*, que también fue cerrado; en agosto apareció otro periódico insurgente *Los Antillanos*, clausurado en septiembre. Además se amenazó con la deportación de los exiliados.

Ante el alevoso endurecimiento gubernamental contra los desterrados antillanos, Luperón salió al frente con una penetrante proclama en la que advertía que la inmigración de cubanos y puertorriqueños era la más provechosa para el país, y justificaba sus derechos de escribir contra sus verdugos. De inmediato entraron en suspenso las pretendidas amenazas; en octubre reaparecía *Las Tres Antillas*, bajo el indiscutible respaldo solidario de Luperón.

31. Santiago Castro Ventura. Ob. cit., pp. 164-175.

32. *Gaceta de Santo Domingo*. Santo Domingo, 3 de agosto de 1874.



El 19 de noviembre se suscribió de manera secreta el Tratado Dominicano-español en La Habana. Luperón en una reunión pública fue interpelado por el propio jefe de la policía puertoplateña sobre el tratado, sin vacilar respondió en tono enfático:

*“Ese tratado es anti-político e inmoral: anti-político porque puede privarnos de una emigración virtuosa, trabajadora e inteligente, de la inmigración más conveniente y más barata, puesto que nada tenemos, ni comercio ni nada: es inmoral, porque se mendiga la amistad de una nación que ha arruinando, pillado, robado y asesinado a los habitantes de este país. Puerto Plata, Santiago, Montecristi, Guayubín y otros pueblos presentan aun las ruinas de las casas destruidas y quemadas por los españoles”.*³³

Esta postura exasperó al presidente González, quien siempre recelaba de Luperón, y en enero ordenó un atentado contra el héroe. Esto provocó una insurrección popular que provocó el derrocamiento de su gobierno.

Este derrocamiento y sus causas trascendieron allende los mares, el periódico *El Eco de Yara* (publicado en Barranquilla, Colombia, por cubanos exiliados) atribuyó el desahucio presidencial a los pérfidos intentos de desterrar exiliados antillanos y la radical negativa de Luperón. *El Nacional* (de Santo Domingo) aclaró que González fue destronado por faltas graves a la Constitución, no por la voluntad de Luperón, agregando:

*“No fue Luperón, Sor. Articulista quien derribó a González, que aquel General no es, como usted deja entrever, un revolucionario de quita y pon; fue la ley la que motivo la abdicación del ex-Presidente”.*³⁴

33. *El Demócrata*. Santo Domingo, 25 de noviembre de 1875.

34. *El Nacional*. Santo Domingo, 1 de agosto de 1876.



Esto patentizaba las dimensiones de la popularidad que alcanzó este héroe legendario entre los desterrados antillanos.

Durante la égida del bando Azul, Luperón sentó las bases de la solidaridad dominicana con los independentistas antillanos. Como lo comunicó desde sus albores a Hostos en junio de 1876, cuando manifestó:

“Ninguna inquietud deben tener los patriotas cubanos y puertorriqueños cuando hay hombres como Espaillat y Peña al frente del gobierno. Que cesen de ser ignorantes y vengan a Santo Domingo a hacerse fuertes contra España, dándoles la fuerza a esta Isla para expulsar a los españoles de Cuba y Puerto Rico”.³⁵

En aquellos instantes de tan vital importancia para la guerra de Cuba, las circunstancias adversas se interpusieron en el camino del bando Azul y los reaccionarios volvieron al poder; Báez, González y Guillermo, hasta que en 1879 de nuevo los azules recuperaron el control estatal.

Mientras se acrecentaba la revuelta reaccionaria contra Espaillat, un grupo de jóvenes latinoamericanos tomó por asalto el vapor español *Moctezuma*, y aprovechando que Luperón continuaba con el control de Puerto Plata se trasladaron a este puerto, recibiendo la ayuda solidaria requerida.³⁶

En febrero de 1878 se suscribió el Armisticio del Zanjón, en Camagüey, Cuba. El Titán de Bronce, Antonio Maceo, se opuso e intentó continuar la guerra con el fallido gesto de la Protesta de

35. Eugenio María de Hostos. Ob. cit., p. 271.

36. *Libro Copiador de Oficios Relaciones Exteriores*, 13 de febrero de 1877. Archivo General de la Nación, Santo Domingo.

Baraguá. Luego en agosto de 1879 se constituyó en el mentor de la denominada “Guerra Chiquita”, que por problemas tácticos estalló antes de su retorno a Cuba. Los españoles redoblaron sus esfuerzos para apresarlo, mientras él desarrollaba las diligencias pertinentes para obtener material bélico e integrarse a la revuelta.

En sus gestiones llegó a Haití, pero allí encontró la tenaz hostilidad del presidente Lysius Salomón. Se vio precisado a buscar refugio en Dominicana y fue recibido de modo caluroso por el entonces presidente Gregorio Luperón. Rechazando las protestas de los gobiernos español y haitiano, el huésped insurgente recibió total respaldo gubernamental.³⁷

El espionaje español acusó al presidente Luperón de complicidad con el general Francisco Carrillo, que se integró a la “Guerra Chiquita” en Las Villas.³⁸

En 1884 se inició el proyecto insurreccional Gómez-Maceo. Gómez se trasladó a Dominicana a finales de 1885, fue recibido de modo fraterno por el gobernador de Puerto Plata, Gregorio Luperón. El espionaje español reportó que:

*“Máximo Gómez permanece en aquella ciudad conspirando públicamente con sus secuaces, y protegido por el general Luperón”.*³⁹

Gómez se trasladó a la capital y fue apresado por órdenes de Lilís, que ya se evidenciaba como el verdadero poder. Al ser liberado

37. Emilio Rodríguez Demorizi. *Maceo en Santo Domingo*, 2da. ed. Barcelona. Fundación Rodríguez Demorizi, 1978, pp. 61-133.

38. Santiago Castro Ventura. Ob. cit., pp. 336-337.

39. Raúl Rodríguez la O. *Máximo Gómez. Una vida extraordinaria*. La Habana, Editora Política, 1986, pp. 60-61.



fue enviado a Puerto Plata, allí de nuevo recibió la receptividad de Luperón. Previamente Luperón había colaborado con el coronel Miguel Barnet enviado especial de Gómez.

Tras su salida del país, el espionaje español, decía que mantenía correspondencia con Luperón a quien acusaban de: “*enemigo acérrimo de los españoles y persona de gran influencia en el país*”.⁴⁰

Le inculpaban de organizar la expedición que se preparaba para invadir a Cuba. También le imputaban que permitía la publicación del periódico de los exiliados *Libertad*, que censuraba el colonialismo español.

En este lapso el general cubano Flor Crombet conducía un cargamento de armas en una goleta que iba a ser descargada clandestinamente en Jamaica, el operativo fue develado y Crombet ordenó que la embarcación se dirigiera a Puerto Plata, pensando en la solidaridad sin ambages de Luperón.⁴¹

En 1882, cuando Flor Crombet logró evadirse del status carcelario que le imponían los españoles, llegó a París, recibió la ayuda solidaria de Betances y Luperón.⁴²

El general Ramón Leocadio Bonachea, en noviembre de 1884, con una pequeña expedición partió de Puerto Plata rumbo a Cuba. Aunque Luperón estaba en Europa, por ser esta ciudad su principal base de apoyo, era la zona más expedita para este tipo de

40. *Ibidem*, pp.60-61.

41. Raúl Rodríguez la O. *Cruenta tregua*. La Habana. Edición Verde Olivo, 1998, p. 188.

42. Luis Bonafoux. *Betances*. San Juan de Puerto Rico. Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1987, p. 125.

actividades. Los expedicionarios hicieron escala en Jamaica y allí fue apresado y fusilado. Barcos de guerra españoles fueron a Puerto Plata a investigar el respaldo que recibió Bonachea.

A finales de 1884 cuando se preparaba el frustrado proyecto insurgente Gómez-Maceo, se decidió enviar a París una comisión para recolectar fondos. Los comisionados, Eusebio Hernández y Flor Crombet, llevaban las instrucciones de contactar en esa ciudad a Betances y a Luperón, reconocidos aliados de la causa cubana; lamentablemente, cuando llegaron a París Luperón estaba en camino hacia Puerto Plata.⁴³

El general Limbano Sánchez (el León holguinero) en mayo de 1885 también partió de Puerto Plata, con una pequeña expedición rumbo a Cuba con el apoyo de Luperón.

Maceo le indicaba a Paquito Borrero, en julio de 1886, la llegada a Puerto Plata de una goleta para recoger a los integrantes de una próxima expedición a Cuba, y le recordaba actuar con discreción porque el país estaba en medio de luchas intestinas (la Revolución de Moya) recomendándole que para evitar inconvenientes debía procurar el “*auxilio del General Gregorio Luperón, amigo sincero y animoso de la causa cubana*”.⁴⁴

Gómez retornó al país en 1888 y manifestó su enfado porque no recibió el respaldo vehemente que anteriormente le había dispensado Luperón. Lamentablemente, el héroe enfrentaba una grave coyuntura, trataba de oponerse a la tiranía de Lilís, pero paulatinamente se fue convenciendo que era imposible y en esas

43. Emilio Rodríguez Demorizi. *Maceo en Santo Domingo*. p. 399.

44. Eusebio Hernández. *Maceo. Dos conferencias históricas*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1990, p. 143.



condiciones no podía ofrecer su proverbial colaboración a los insurgentes que perseguían la libertad de Cuba y Puerto Rico, pues muy pronto él tuvo que tomar el camino del exilio.

Su nuevo destierro y la enfermedad mortal que le afectó, le impidieron conocer al inmenso José Martí, pero éste último con su extraordinaria sagacidad política e ideológica, supo interpretar su valor epónimo como abanderado del antillanismo, y declaró de modo solemne que Luperón ocupó asiento en su corazón, donde se sentaban pocas gentes.⁴⁵

Podría continuar enumerando su paradigmática labor antillanista, pero no quiero pecar de prolijo. En definitiva, es indudable que su prédica y acción trascendieron nuestras fronteras para convertirse en un adalid regional que, como enunció su maestro y compañero de lucha Eugenio María de Hostos:

*“ (...) no se contentó con ser una de las enérgicas encarnaciones que ha tenido en el siglo XIX el patriotismo, y fue también el más ardoroso representante que el Antillanismo tenía en la Antilla-Centro”.*⁴⁶

45. Emilio Rodríguez Demorizi. *Martí en Santo Domingo*, 2da. ed. Barcelona. Fundación Rodríguez Demorizi, 1978, pp. 178-179.

46. Emilio Rodríguez Demorizi. *Hostos en Santo Domingo*, Tomo I, Ciudad Trujillo, Imp. J. R. Vda. García, 1939, p. 313.

